

Olga Behar
Carolina Ardila Behar

EL CASO KLEIN

El origen del
paramilitarismo
en Colombia

icono •

Contenido

Capítulo i: Yafo	15
Capítulo ii: Tel Aviv	19
Capítulo iii: Moscú	23
Capítulo iv: Urabá	35
Capítulo v: Puerto Boyacá	43
Capítulo vi: Beer Sheva	59
Capítulo vii: Honduras	71
Capítulo viii: La Isla de la Fantasía	77
Capítulo ix: Sde Boker	91
Capítulo x: La finca	99
Capítulo xi: Amazonas	105
Capítulo xii: Panamá	115
Capítulo xiii: Antigua	129
Capítulo xiv: Soacha	135
Capítulo xv: Las Granjas	159
Capítulo xvi: Cruce de caminos	167
Capítulo xvii: África	183
Capítulo xviii: Yafo	203
Cronología	209
Bibliografía	213
Índice onomástico	215

Capítulo iv: Urabá

A sus 44 años, Yair Klein era todo un aventurero. Más que el dinero —que no era nada despreciable para él—, su vocación era vivir emociones fuertes e ir tras sus sueños. Tenía una forma particular de ver el desarrollo y la democracia: para vivir en paz y lograr el progreso, hay que derrotar a los enemigos. Total, con esa visión se crece en Israel, una nación que tal vez nunca ha conocido la paz y en donde sus ciudadanos tienen tan clara su misión que ir al Ejército no es solo un deber sino un verdadero orgullo. Por eso, estar quieto en un mismo lugar era algo que difícilmente podía soportar.

Ya le había pasado una vez, a finales de los años setenta. Estaba tratando de acostumbrarse a su próspero negocio en Mifgash HaBika (cuya traducción es algo así como «encuentro del valle del Jordán»), un complejo que incluía estación de gasolina, restaurante y heladería, que había montado antes de su primer retiro del Ejército¹. La ubicación del enorme establecimiento era entonces privilegiada, porque quedaba en un cruce de caminos entre el Lago Kineret y el Mar Muerto. Para explicar mejor por qué se convirtió en poco tiempo en una mina de oro, Klein recuerda que también era una estación de gasolina militar. Nadie creyó que iba a funcionar, pero llegó a tener un éxito increíble. En seis meses se convirtió en uno de los proyectos más lucrativos de Israel, porque era un lugar de entrenamiento del Ejército y por esa área pasaba una carretera muy importante entre Jerusalén y el norte del país. Ya no se usa porque la gente tiene miedo de pasar por allá, pero en esa época cada bus que iba hacia el norte, o del norte a Jerusalén, transitaba por ese lugar.

Para darte un ejemplo, cada dos días tenían que traerme un camión con Coca-Cola. Una vez una compañía de distribución (llamada Strauss) tuvo un problema y por un tiempo no pudo llevar productos a ningún lado del país, y sin embargo a mí me seguían trayendo porque vendía tanto que no querían dejar de atenderme.

Después de un año abrí un garaje para carros e hice una escuela para temas relacionados con la agricultura. Había mucha plata.

Pero en 1982 tuvo una gran oportunidad de volver a su ideal de vida. Cuando comenzó la Guerra de Shalom HaGalil², fue convocado como reservista por su vasta experiencia en paracaidismo, y muy pronto demostró su fuerza y su capacidad. Sus cargos en la Tzavá³ siempre habían estado relacionados con el combate y como instructor dictaba muchos cursos en esa materia. Además, había sido comandante de la Unidad Antiterrorista del centro del país. Su participación en esta ocasión fue destacada, lo que le permitió hacer conexiones muy rápidamente con los miembros de las falanges del Líbano.

Cuando terminó la guerra y pasó de nuevo a la reserva, Klein, que había creado años antes una compañía de seguridad privada a la que llamó Hod haJanit (Punta de Lanza), decidió quedarse en el Líbano para ayudarle a las falanges a luchar contra los musulmanes. Las falanges estaban relacionadas con el gobierno del Líbano. Bashir Gemaye¹⁴ era el presidente y trabajaba con ellas –los drusos y los cristianos combatían a los musulmanes. En el Líbano había un sistema semidemocrático cuyos puestos se definían de acuerdo con la religión. Por lo tanto, el presidente siempre debía ser cristiano, aunque también había cargos ocupados por drusos, musulmanes y demás. En esa época el centro de poder lo tenían los cristianos. Los miembros de la OLP, los que hoy son el Hezbollah, eran musulmanes.

Sobre mí se ha dicho tanto en estos años, que hasta me han acusado de tener relación con las matanzas de Sabra y Chatila⁵. Estaba en la Tzavá, pero no cerca de esa zona y no tuve nada que ver. Durante la posguerra, Israel apoyaba a los cristianos y yo trabajé con permiso del Estado de Israel en Líbano.

Existen versiones según las cuales, Klein vendió equipos personales (nunca armas) a los falangistas por dos millones de dólares. Hacia 1987, regresó a sus actividades comerciales en Israel. Allí se encontraba cuando recibió una visita que cambiaría su vida para siempre.

Llegó a mi oficina un hombre llamado Isaac Shoshani Merayot. Se presentó como representante de la compañía de seguridad estatal israelí TAAS⁶ en Colombia. Me contó que se acababa de

retirar de esa oficina y quería comenzar a trabajar en Colombia de manera privada. Me dijo que tenía un proyecto para mí, en sociedad con TAAS.

Aunque no sabía nada de Colombia, debido a que tengo un grado en Historia sí sabía que hablaban español y dónde se localizaba en un mapa. Pero solo eso.

No conocía a Shoshani en persona. En el Ministerio de Defensa de Israel hay un libro donde aparecen las diferentes empresas relacionadas con ellos. Yo aparecía en ese libro con la mía, Hod haJanit, especializada en combatir el terror. En todo ese libro solo figurábamos dos compañías antiterrorismo. Shoshani llegó a mí mediante ese directorio.

¿Que por qué confié en Shoshani, si no lo conocía? Él era el representante de TAAS en Colombia. Con eso era suficiente. Era teniente coronel retirado (*Sgan Aluf*) del Ejército, comandante de una brigada de tanques. En el 88 solo había tres brigadas en Israel; o sea que solo había tres coroneles de brigada. Que hubiera llegado a ese nivel en el Ejército, ya era razón suficiente para confiar en él.

Si llega un comandante de brigada que había sido representante de una compañía de seguridad israelí en Colombia durante siete años, que había trabajado mano a mano con el Ejército de Colombia y que le había vendido armas, ¿quien iba a conocer mejor la situación de Colombia que él? ¡Para mí, es el experto!

Me dijo que había una solicitud de una organización bananera para combatir en esa zona contra los guerrilleros, porque los atacaban todo el tiempo.

De nuevo, una aventura a la medida de sus ideales. Una lucha anticomunista que sonaba interesante y que, además, podría ser muy útil para darle vigencia y dinero a su compañía de seguridad. Pero había que tener claridad sobre las condiciones, se debería tratar de algo oficialmente avalado por las autoridades de Israel. Shoshani le explicó que sería una tarea coordinada con otras instituciones oficiales.

Yo iría en esa acción en sociedad con la HanCal (la industria militar del Estado de Israel). Shoshani fue quien conectó a HanCal con Colombia. Esa compañía se dedicaba a la seguridad electrónica.

Ellos aceptaron el trabajo y se dedicarían a poner cercas mientras yo instruía al personal de defensa del lugar. El entrenamiento tenía que durar un mes. En ese mes se puede llegar a un buen nivel, pero no a uno comparable con el de un profesional o el de los paracaidistas que yo preparaba antes. Aprendes sobre todo a defenderte, pero no mucho a atacar. Ellos pidieron específicamente defensa, querían aprender a defender sus fincas. Por supuesto que aprendieron a atacar en caso de ofensa. Es decir, a atacar cuando eran atacados. Cuando eres agredido, tú siempre sales en modo de ataque, pero esto no es atacar en el sentido de ser proactivo, de buscar confrontación, de planear.

Me reuní con el administrador de HanCal y él me explicó el proyecto. Me dijo que había que verificar en el terreno si era viable o no: «Tú te vas antes que nosotros, analizas la situación y nos avisas si vale la pena ir».

Una pregunta importante que se hacía HanCal era: si el Ejército era incapaz de defender las plantaciones bananeras, ¿cómo iba a defenderlas un grupo de civiles? Por eso me mandaron antes a mí, para responder a esa pregunta. Como yo era el experto en combatientes, me mandaron a ver si había con qué trabajar. Dos semanas después de esa reunión viajé a Colombia con Shoshani. El representante de los bananeros nos recibió en el aeropuerto Eldorado de Bogotá.

De ahí fuimos a la casa del director de la organización bananera. No recuerdo su nombre. De él me acuerdo que era sano, no tan gordo, pero como grande, y con mucho pelo blanco –mucho pelo, pero corto.

Me agradeció por venir, me dijo que al otro día me iba a encontrar con el comandante general de las fuerzas armadas y que él me daría las instrucciones para llegar al área de trabajo y la protección que iba a tener para llegar allá. También me dijo que él me explicaría lo que era permitido y lo prohibido a la hora de entrenar combatientes en Colombia. Porque lo que yo iba a entrenar era a civiles. Al día siguiente conocí al comandante general de las fuerzas armadas.

De inmediato le pregunto su nombre. No lo recuerda. Incluso, dedicamos más de una hora a ver fotografías por Internet, de los militares y los civiles que podrían ser quienes se encontraron con él e impartieron las órdenes. Creemos en su sinceridad, cuando dice que no los reconoce: Si fueran fotografías de esa época, tal vez; pero miren cómo se ven hoy. Ha pasado mucho tiempo, son veinticinco años en los que la gente cambia mucho. Desistimos y decimos: si las autoridades quieren investigar, podrán dar con libros, bitácoras, decretos y otros elementos que les permitirán saber quiénes son. Lo dejamos seguir con su relato.

Nos reunimos en el Club de Oficiales Retirados del Ejército en Bogotá. Del lugar recuerdo que era muy elegante, con muebles muy antiguos; me dio muy buena impresión. La reunión duró solamente media hora. A mí no me interesaba quiénes estaban allá. Yo iba a una guerra, a combatir guerrilleros. Lo que menos me importaba eran esas reuniones políticas. Yo era un combatiente. Yo solo pensaba en llegar al área, convertirla en lo que la quería convertir y regresar. La guerrilla hacía muchas emboscadas. Yo solo pensaba que mañana tenía que viajar al área, ver lo que pasaba allá y regresar. Para mí, sentarme con un general y hablar, no significaba nada. En la reunión estábamos Shoshani (que también hacía las veces de traductor), el comandante general de las fuerzas armadas y alguien de la zona (un bananero). Esa persona fue la que nos llevó a la plantación al otro día. Si hubiera sabido que me iba a encontrar en la situación en que estoy hoy, habría llevado una grabadora, pero en ese momento no parecía muy importante.

El comandante general de las fuerzas militares me explicó que yo no tenía permitido tocar personalmente un arma; que en el instante en que yo tocara un arma, mi estatus pasaba a ser el de terrorista. Recuerdo que el general llevaba un gorro negro. Era grande, alto y con pelo blanco, como fornido. Creo que fumó pipa, pero no estoy seguro. Es que ya ha pasado mucho tiempo y no recuerdo ciertos detalles.

«Aparte de eso, no me importa lo que hagas. Puedes enseñar lo que quieras y como quieras. Solo no sostengas un arma en tus manos», recuerdo claramente que dijo.

Según la ley colombiana, si yo no soy un hombre del Ejército y/o trabajo con autorización como guardia de seguridad, no tengo permitido andar armado.

A la mañana siguiente, viajamos con el representante de los bananeros. Fuimos Shoshani, él y yo. Al llegar, tuvimos reuniones en las que escuchamos todos los cuentos de la gente sobre el drama que estaban viviendo. Sentí mucho interés por lo que pasaba. Salí a entrevistar al director de la plantación, a los trabajadores, al director de seguridad, a todos los que viven en el área y uno ve el miedo en la gente. Entrevisté a todo tipo de gente: gerentes, trabajadores, de todo. Para entender la realidad tienes que hablar con todos. De un trabajador escuché esta historia: En la plantación de bananos hay un cable que atraviesa toda la zona. Por ese cable cuelgan los bananos y los transportan de un lugar a otro. Me contó que la guerrilla se colgaba por esos cables y se metía en la plantación. Eso me contaron los trabajadores.

Quería quedarme también en la noche para ver la situación, pero el Ejército no quiso. Me dijeron que no estaban dispuestos a quedarse y que nos íbamos ese mismo día, que no querían viajar de noche. Ahí yo ya sentí el peligro.

Cuatro días después volví a Israel. Me encontré con el gerente de HanCal y le dije: «Si en tres meses no comienzo a trabajar y a entrenar a los campesinos, no va a haber con quién trabajar ni a quién entrenar, porque la guerrilla se va a apoderar de todo». Sentí que no quedaba mucho tiempo. Pero HanCal se tomó su tiempo para pedir permisos, hacer presupuestos, planes, cosas de esas. Ya sabes, burocracia. Cuatro meses después, la guerrilla se tomó la zona. Si hubiera ido en ese momento, habría sido distinto. Luego se acabó el trabajo en Colombia, ya no había con quién trabajar.

Mientras los bananeros salían despavoridos de sus tierras, abandonándolo todo, Yair Klein regresaba, desilusionado, a su rutina en Israel. Pero no pasaría mucho tiempo para que Shoshani Merayot le presentara un nuevo proyecto: una aventura total.

Notas

¹ Ocurrió en 1978.

² Guerra Shalom haGalil, también conocida como la Primera Guerra del Líbano o Paz para Galilea. Allí, Israel cercó y bombardeó la capital, Beirut, como represalia contra la Organización para la Liberación de Palestina, por el atentado contra su embajador en Inglaterra. El acoso fue tan fuerte que la OLP decidió salir de la ciudad. Beirut continuó ocupada durante varios meses más por tropas israelíes.

³ Tzavá, nombre hebreo para el Ejército.

⁴ Bashir Gemayel, político libanés perteneciente al partido falangista cristiano. Gobernó al Líbano menos de un mes porque fue asesinado junto con otras veintiséis personas.

⁵ Durante la ocupación israelí, permitieron el ingreso de las milicias falangistas cristianas libanesas a los campos de refugiados, en donde los falangistas realizaron una ejecución masiva de cerca de mil refugiados palestinos, conocida como las Matanzas de Sabra y Chatila.

⁶ TAAS, la industria militar de Israel, la compañía más grande de seguridad que perteneció al Estado hasta febrero de 2005, cuando fue privatizada. En la época en que Shoshani Merayot era el representante para Colombia, todavía pertenecía al Estado.

Capítulo v: Puerto Boyacá

Mira, soy un coronel del Ejército, comandante de la unidad antiterrorista; fui la *crème* de la *crème* de los cursos del Tzavá [el Ejército israelí], crecí en un kibutz. En la vida no había hecho nada ilegal. Viajé a Colombia a ayudar a los campesinos en contra de la guerrilla y de repente soy un criminal que entreno a los narcotraficantes y soy un terrorista.

Yair Klein es tajante. Con este abrebocas, quiere que quede claro que su paso por Colombia estuvo amparado y motivado por las autoridades de ese momento y por la que él creía, era «gente de bien».

Como te decía, en ese momento, después de la frustración por lo de los bananeros, se acabó el trabajo en Colombia; ya no había con quién trabajar, la guerrilla era la dueña y señora de Urabá.

En Tel Aviv, Klein siguió atendiendo sus negocios particulares, desde su empresa Hod haJanit (Punta de Lanza). Hasta que una visita cambiaría su suerte para siempre.

Dos meses después vuelve Shoshani y me dice:

—Yair, la organización de ganaderos de Colombia escuchó sobre ti y están interesados en que hagas lo que ibas a hacer con los bananeros.

—¿De quiénes se trata?

—Son los ganaderos del Magdalena Medio, el lugar específico se llama Puerto Boyacá.

Le prometí pensarlo.

Comenzaba el año de 1988, cuatro meses después de mi primera visita a Colombia, y allí me encontraba de nuevo. El avión aterrizó en el aeropuerto Eldorado de Bogotá. Me recibió Shoshani con un hombre al que me presentó como Luis Meneses¹. Me explicó que era un oficial retirado del Ejército Nacional, que conocía a todo el mundo en la región y que sería mi guía en todo este proceso.